

LIBROS

La fotografía en el siglo XX

Cuando nació la fotografía, pintores y fotógrafos se esforzaron en tan interminables como absurdas disquisiciones sobre si aquella debía ser considerada como arte y gozar por lo tanto del mismo rango que la pintura. Independientemente de los argumentos a favor o en contra de tal pretensión, el hecho es que la nueva técnica iba a trastornar ciertas ideas y valores de la estética tradicional. Así, la pintura quedaba liberada de toda una serie de ataduras. Por ejemplo, de su función básicamente analógica. El objetivo de la cámara permitía fijar imágenes de lo real con una rapidez infinitamente mayor que la de la mano. Ya no eran precisos los pinceles para transmitir a la posteridad el parecido físico de una persona, de un objeto. El pintor podía profundizar en otras direcciones, y de esa forma se modificaba el propio concepto de realismo.

Sin embargo, curiosamente, como nos recuerda el checo Petr Tausk en su excelente *Historia de la fotografía en el siglo XX (De la fotografía artística al periodismo gráfico)* (1), las pretensiones artísticas con que nació la fotografía motivaron el que, en lugar de emanciparse de la pintura, muchos de sus cultivadores optaran por imitarla. Así, entre finales y principios de siglo, numerosos fotógrafos, influidos por el impresionismo, tratarían de recrear en sus placas los efectos nebulosos, la atmósfera como velada de los Monnet y los Sisley.

Mimetismo éste de un sector de la fotografía respecto a las principales corrientes artísticas, que iba a ser una constante a lo largo del siglo. Cuando surgió el cubismo de mano de Braque y Picasso, algunos fotógrafos intentaron mediante trucos —colocación de espejos, entre otros— imitar la descomposición de superficies, característica del nuevo estilo. Con el surrealis-

(1) Traducción: Michael Faber-Kalser. Colección "Comunicación visual". Gustavo Gili. Barcelona, 1978.

mo, pintura y fotografía se secundaron mutuamente. Es conocida la afición de los surrealistas por las técnicas fotográficas. Baste citar a Man Ray.

De entonces datan precisamente los inventos revolucionarios del fotomontaje —convertido en feroz instrumento de sátira política por John Heartfield— y el fotograma, en el que destacaron el citado Ray y Moholy-Nagy. Como sabemos, el fotograma, descubierto por Man Ray un poco por casualidad, como le ocurrió a Fleming con la penicilina, consistía en el tratamiento directo, en el laboratorio, del papel sensible.

Todas las corrientes y van-



"El nadador", de André Gelpke. Cooney Island. Nueva York, 1972.

guardias pictóricas —pintura abstracta, pop-art, op-art, realismo mágico, etc.— fueron dejando su impronta en la fotografía. Que a su vez influyó en aquéllas, pues resultan inconcebibles lo mismo el pop-art que el hiperrealismo, por poner sólo dos ejemplos, sin el invento de Daguerre y Niepce.

Pero la fotografía no se limitó, sin embargo, a seguir pasos ajenos, sino que, casi desde el principio, los más lúcidos entre sus cultivadores se esforzaban en emprender un camino propio, explotando a fondo todas las posibilidades que ofrecía la nueva técnica. Desde lo que uno de los pioneros, Lewis H. Hine, denominó, a principios de siglo, "fotografía directa", para distinguirla de la "artística", hasta la llamada, con insoportable anglicismo, fotografía "live", en la que ocupa un lugar señero el maestro francés Cartier-Bresson, o el moderno periodismo gráfico, pasando por el "nuevo realismo" de un Ren-

ger-Patzsch o un August Sander, la fotografía ha cumplido y sigue cumpliendo un papel insustituible como documento social de una época. Valor documental que, en muchos casos, va acompañado de un no menos importante valor artístico.

Nombres, tendencias y etapas de la fotografía se reflejan en este libro del profesor de la Academia de Artes de Praga. Profusa y cuidadosamente ilustrado, en su edición española se ha visto enriquecido con un breve epílogo en el que Josep María Casademont pasa revista a la fotografía en nuestro país entre 1900 y 1978. ■ JOAQUIN RABAGO.

La "Enfermedad de Lafora"

Para ayudar a recuperar la memoria histórica de los profesionales de la salud mental españoles, el libro de Valenciano Gayá (1) es una aportación inestimable, especialmente en lo que se refiere a los decenios del siglo actual que precedieron a la guerra civil.

El doctor Gonzalo Lafora, casi totalmente desconocido ya por las jóvenes generaciones de psiquiatras, médicos o psicólogos, fue, en el campo de las ciencias psicológicas y neurológicas, una de las figuras más importantes de la preguerra, por su honestidad, sus críticas y polémicas públicas, su capacidad de trabajo y por la originalidad de alguna de sus aportaciones. Es uno de los pocos médicos que, a lo largo de nuestra historia, ha sido reconocido por

(1) Luis Valenciano Gayá: El doctor Lafora y su esposa. Ediciones Morata.

la Medicina mundial llamando "Enfermedad de Lafora" a una afección de tipo familiar y progresiva, con demencia, epilepsia y mioclonias, que él identificó y estudió desde el punto de vista anatomopatológico.

En esta biografía del doctor Lafora son descritos el ambiente político, cultural y profesional en el primer tercio de este siglo, con interesante detenimiento en relevantes personajes de la "frenopatía" de entonces, como los doctores Pedro Mata, José María Esquerdo, Luis Simarro, Jaime Vera —uno de los fundadores del Partido Socialista Obrero Español y en aquella época su más importante teórico—, los doctores Nicolás Achúcarro, Miguel Gayarre, Sanchis Banús, Villaverde, Sacristán, Vallejo-Nágera, César Juarros, etcétera. También se describe la situación y las esperanzas durante la Segunda República, en la cual Lafora fue presidente del Consejo Superior Psiquiátrico y tuvo un papel decisivo en la reforma de la anticuada legislación psiquiátrica y en las campañas de promoción de la higiene mental. Destacó, además, Lafora como científico riguroso, profesor y clínico minucioso y responsable, crítico valiente y polemista audaz. Fueron famosas sus denuncias sobre los manicomios, la Facultad de Medicina, la Real Academia de Medicina, a cuyo sillón renunció, o la sanidad del Ejército durante la gripe de 1918. También fueron famosas sus polémicas en el conocido asesinato de Hildegart o argumentando científicamente su escepticismo sobre los milagros sobrenaturales.

Con la guerra civil, Lafora marchó al exilio como muchos otros psiquiatras españoles. Su labor, su escuela y su influencia quedaron truncadas. En la posguerra López Ibor ocupó la dirección del Servicio de Psiquiatría que había llevado Lafora hasta entonces. Cuando años después volvió del exilio, las autoridades franquistas le mantuvieron en el ostracismo y con grandes dificultades pudo recuperar su puesto en el Hospital Provincial de Madrid, cinco años antes de su jubilación. Fue rompiendo ese aislamiento con su probada tenacidad y el apoyo de un reducido grupo de valiosos y leales discípulos, entre